

LA REFORMA PROTESTANTE DEL SIGLO XVI

Pr. Nadir Carreño Maufrás

El 31 de octubre de 2017 se cumplirán 500 años del comienzo de la Reforma del siglo XVI.

El 31 de octubre de 1517, en la madrugada, Martín Lutero clavó en la puerta de la iglesia del castillo de Wittemberg 95 tesis, que conmovieron primero a Alemania, después a Europa y, al fin, a todo el mundo. Eran una convocatoria para discutir académicamente la doctrina de las indulgencias, desde un punto de vista bíblico. Lutero debe haberse sorprendido mucho de la sensación que produjeron.

La enseñanza de Jesucristo dada en Mateo 13: 31-32, una de las parábolas de los misterios del Reino de los cielos, se había cumplido completamente. Dice el pasaje: "Otra parábola les propuso, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que tomándolo alguno lo sembró en el campo. El cual a la verdad es la más pequeña de todas las simientes, mas cuando ha crecido es la mayor de las hortalizas y se hace árbol, que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas". Esta última figura es en la Biblia un imperio mundano, como Egipto, Asiria o Babilonia. La parábola se refiere al pequeño comienzo de la iglesia visible, su extraordinario crecimiento y su progresiva transformación en un poder mundano, que es lo que había ocurrido con la Iglesia Católica, cuyo papa pretendía y reclamaba autoridad sobre todos los gobernantes del mundo.

Hay que tener presente que hubo condiciones políticas, sociales, culturales, económicas y religiosas que permitieron la rápida propagación de la Reforma y su éxito impresionante. Pero esas condiciones se producen por la providencia de Dios, que hace que ellas se den en algún momento histórico en que él quiere producir un determinado efecto. Esto es lo que ocurrió, por ejemplo, con el nacimiento de Jesucristo. Dice Gálatas 4: 4: "Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo...", porque, efectivamente en ese momento se conjugaban todas las condiciones para que el evangelio pudiera ser predicado y recibido en todo el mundo de esa época.

Los incrédulos atribuyen a esas condiciones el triunfo del cristianismo al comienzo, o de la Reforma del siglo XVI, ignorando completamente que es el soberano Dios el que hace que se den esas condiciones para que se cumplan sus propósitos.

En el caso de la Reforma, en esa época la Iglesia Católica se había convertido en un poder político opresor, que asfixiaba a las naciones con sus exigencias de contribuciones que

financiaran la vida fastuosa y corrompida de la jerarquía romana superior. Por otra parte, esa misma jerarquía esquilmbaba a sus propios obispos cobrándoles elevadas sumas de dinero para autorizarlos a celebrar los sacramentos u otros ritos de la Iglesia. Ellos, a su vez, exigían a los eclesiásticos de más bajo rango igual pago abusivo de derechos, para poder responder a las exigencias de la curia romana.

Este dominio tiránico era fuertemente resentido en naciones como Alemania o Inglaterra, tanto por su racionalismo como por la conciencia que se tenía de la vida licenciosa y muy corrompida de los prelados. En Roma no se podía recibir nada sin pagarlo, desde los servicios más insignificantes hasta las mayores prebendas y designaciones para altos cargos.

Muchos de los gobernantes estaban hastiados de este yugo y deseosos de librarse de él.

Por otra parte, la miseria agobiaba a la mayoría de la población. Los campesinos, especialmente, eran muy oprimidos por los señores dueños de la tierra, mientras que los artesanos, numerosos en las ciudades, sentían como una pesada carga el gobierno tiránico de los príncipes. De ahí que unos y otros acogieran con entusiasmo el mensaje bíblico de libertad proclamado por la Reforma.

En lo cultural, la captura de Constantinopla por los turcos otomanos, de religión islámica, produjo la emigración a Occidente de los sabios que conservaban y cultivaban la antigua cultura griega y romana.

Ellos se llevaban consigo valiosos manuscritos griegos, tanto seculares como religiosos y, entre ellos, especialmente el Nuevo Testamento griego, que pudo ser editado en Occidente. Notable entre estas ediciones fue la de Erasmo de Rotterdam. El acceso al Nuevo Testamento en su idioma original produjo un interés renovado en su estudio, lo que llevó a redescubrir las verdades bíblicas, que habían sido sepultadas bajo una montaña de tradiciones. Por eso se dijo que “Erasmo había puesto el huevo de la Reforma y que Lutero lo había empollado”.

Tomás Linacer, un eclesiástico erudito nunca había visto un ejemplar del Nuevo Testamento y cuando al fin de su vida pudo leerlo, quedó tan sorprendido que dijo: “O esto no es el evangelio, o nosotros no somos cristianos”.

Si esto ocurría en la gente culta, puede imaginarse la condición cultural de las masas. Los sacerdotes comunes leían algunos trozos de la traducción latina de la Biblia, la Vulgata latina, en el mejor de los casos, aunque la mayoría no leía nada. Las masas eran completamente analfabetas. Para contrarrestar esta ignorancia generalizada y para que todos pudieran tener acceso personal a las Sagradas Escrituras, conforme al principio

reformador del libre examen, los reformadores fomentaron enérgica, incansable y eficazmente la educación popular, que tuvo su origen en la Reforma.

Sin embargo, aunque los factores políticos, sociales, culturales y económicos fueron importantes, fueron las causas religiosas y teológicas las más determinantes en el nacimiento, extensión y triunfo de la Reforma del Siglo XVI, y no una simple reacción contra los abusos de la iglesia oficial de la época, o revolución asociada al desarrollo del capitalismo, ni un afán de los reyes y príncipes de apoderarse de los bienes de la Iglesia, como tampoco una revolución social de los campesinos y artesanos.

La Reforma fue la consecuencia de una profunda crisis espiritual que afectó gravemente a la población de Europa. La Iglesia oficial era completamente incapaz de solucionar la angustia religiosa que producía dicha crisis espiritual.

La respuesta de los reformadores a esa angustia se concretó en los grandes principios bíblicos de la Reforma: la justificación sólo por la fe (“sólo la fe”), su consecuencia lógica, el sacerdocio universal de los creyentes, la exclusividad de la Biblia como revelación de Dios (“sólo la Escritura”), la exclusividad de Cristo como Redentor y Mediador entre Dios y los seres humanos (“sólo Cristo”) y la absoluta soberanía de Dios.

Con estos principios los reformadores enfrentaron el desastre espiritual de la gente.

Lo más característico de la situación espiritual de la mayoría era su concepción animista de la naturaleza, que creía que numerosas fuerzas muy poderosas actuaban en la vida diaria y producían hambrunas, epidemias y las catástrofes naturales. Esto tenía como consecuencia natural el desarrollo de la magia popular, que pretendía tener poder para dominar, aplacar o controlar esas fuerzas desatadas.

Esto producía en la conducta de los pueblos una mezcla entre un cristianismo ya muy remoto y un paganismo dominante.

Esta mezcla se expresaba destacadamente en la difusión del culto a los santos y a las reliquias, lo que conducía a la proliferación de santuarios y procesiones. Las concepciones mágicas y animistas se expresaban en la atribución a cada santo de poderes especiales para la curación de enfermedades específicas y al poder protector del agua bendita y al papel de verdaderos talismanes de la suerte de las medallas y rosarios. La creencia popular era que la religión, como ellos la entendían, proporcionaba un poder sobrenatural sobre la naturaleza, poder que se expresaba en los milagros. La Iglesia oficial había fomentado esta mescolanza y estimulaba, por eso, el conocimiento de la vida de los santos, con interminables hechos fantásticos, pueriles y, a veces, completamente torpes y blasfemos. Esta concepción animista y mágica encontraba su mayor manifestación en el

concepto mágico de los sacramentos, con el de la misa en primer lugar, como un acto mágico, en que el sacerdote que oficia tiene el poder asombroso, según esta mezcla cristiano-mágica pagana, de convertir pan y vino en carne y sangre literales de Cristo. Antes del estallido de la Reforma, el pueblo centraba exclusivamente su atención en el poder milagroso que se atribuía al sacerdote. El resultado de esto era el uso de la misa para lograr buenas cosechas y evitar plagas y epidemias, lo que la misma Iglesia alentaba y practicaba. La hostia se creía que tenía poderes mágicos y su posesión debía tener poderes especiales sobre la enfermedad o la muerte, o para combatir las plagas de los campos, si se la echaba en ellos.

Lo mismo ocurría con los numerosos otros sacramentos y destacadamente con el bautismo, considerado tanto indispensable para la salvación, como para la conservación de la vida de los recién nacidos. Estas creencias habían que el rito del bautismo se extendiera hasta los animales.

Los rezos derivaban fácilmente en conjuros mágicos, cuya eficacia residía en su exacta y continuada repetición mecánica.

Todo esto mostraba la verdaderamente escandalosa ignorancia religiosa en que permanecía el pueblo.

Sin embargo, el desastre espiritual reinante no se debía sólo al animismo de las masas populares, sino también al desprestigio de la Iglesia que, desde luego, se había mostrado incapaz de atender adecuadamente la angustia que el pecado y su castigo eterno producía a los fieles y mal podía hacerlo, si había hecho a un lado las Sagradas Escrituras, que es la única que puede enfrentar y soluciones adecuada y verdaderamente esos males. A esto se agregaba otro mal derivado del abandono de la Biblia, que eran los abusos eclesiásticos, que escandalizaban mucho a los fieles., Estos abusos eran inmorales y dividían a los creyentes entre laicos y eclesiásticos y a los mismos eclesiásticos entre sí.

Todo el mundo sabía que los cargos, aun hasta los más altos, estaban reservados sólo para las clases altas de la sociedad y que aun entre ellas se asignaban de acuerdo a relaciones familiares y políticas. Como era de esperarse, con tal manera de actuar, los miembros de la jerarquía no tenían vocación divina alguna, no velaban por las almas y estaban mucho más preocupados por los poderes temporales. Como especial expresión de este desprestigio tenemos que *“su historia (del papado) se convierte en una larga e interminable serie de arreglos políticos, intrigas diplomáticas, empresas militares, al frente de las cuales se colocan a veces los mismos pontífices, y de pactos que se quebrantan cuando dejan de llevar al fin que el papa tuvo al hacerlos firmar”* (J.C. Varetto).

Las formas externas de religiosidad, que ignoraban las Escrituras y que se basaban en la repetición mecánicas de oraciones y ritos y recurrían al culto a intermediarios celestiales como la virgen y los santos, y no a la mediación única de Jesucristo, como lo establece la Biblia, no calmaban ni satisfacían la aspiración de los fieles de acercarse a Dios, para obtener la salvación de su alma por medio de sus obras, como se les había enseñado. No sólo no calmaba los temores espirituales de los fieles, sino que los aumentaba.

Contribuía poderosamente a desprestigiar a la Iglesia el hecho de que exaltara ciertos ideales que sus miembros jerárquicos abiertamente no cumplían. Esto llevó al desarrollo de prácticas religiosas individuales, independientes de la Iglesia, que contribuyeron mucho al éxito de la Reforma.

Finalmente, en esta introducción a la Reforma del siglo XVI, no podemos dejar de mencionar que nuestro Señor dijo: “las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (la iglesia”, por lo cual aun en los tiempos más oscuros de la Iglesia Católico-romana, siempre hubo alguna pequeña llama aquí y allá que siguió alumbrando y dando testimonio de la verdad bíblica sin contaminación del comienzo y que testificaba que, por encima de su corrupción de todo orden, lo determinante en la gran falla de la Iglesia Católico-romana y su fracaso era que su doctrina era falsa.

Entre esas llamitas, que son los precursores de la Reforma del Siglo XVI, debemos enumerar a los valdenses y a los albigenses, cuyas doctrinas evangélicas bíblicas fueron ferozmente combatidas por la Iglesia Romana, hasta conseguir el exterminio total de los albigenses del sur de Francia, y reducir a los valdenses a sus refugios inexpugnables de las montañas, por lo cual han sobrevivido hasta ahora.

Más cercano a nosotros es Juan Wicliffe, llamado “la estrella matutina de la Reforma”, nacido en 1324 (siglo XIV). Estudió filosofía y teología en la Universidad de Oxford. Tenía mucho celo por el estudio, la prosperidad de la Iglesia y el bien del pueblo. Sufría al ver la condición moral y espiritual de la Iglesia. Llegó a ser un predicador muy popular, a lo que contribuyó su ardiente nacionalismo. Al examinar las pretensiones del papa con la Biblia encontró que estaban claramente en contra. Atacó franca y vigorosamente a la iglesia papal y a los frailes mendicantes, que esquilaban al pueblo. Le dio mucha importancia a la predicación y estimuló a muchos a dedicarse a la predicación itinerante. Estos fueron conocidos como “lollardos”, quienes fueron duramente perseguidos, pero fueron determinantes para que, más de un siglo después, Inglaterra adoptara la Reforma.

El papa trató de destruir a Wicliffe, pero las autoridades inglesas no le prestaron atención.

Sus muchos trabajos, entre los cuales sobresale su traducción de la Biblia al inglés para ponerla al alcance de todo el pueblo, quebrantaron su salud. Falleció el 31 de diciembre

de 1384. Como Roma no pudo ejecutarlo en vida, consiguió que en 1415 sus restos fueran sacados de su sepultura y arrojados al río cercano.

Los escritos de Wicliffe ejercieron gran influencia en el bohemio Juan Huss, nacido en 1373. Como quedó solo con su madre, esta tuvo que trabajar con mucho sacrificio para darle educación en la Universidad de Praga, de la cual llegó a ser rector. Además, predicaba en una capilla privada, destinada a exponer la Biblia en el idioma del pueblo.

Su predicación y escritos le atrajeron la oposición de la Iglesia Católico-romana, pero pudo seguir predicando en su capilla privada, que no podía contener a los que acudían a escucharlo. Tuvo que salir a predicar al aire libre, donde llegó a predicar a diez mil personas.

Al fin se vio obligado a buscar un lugar retirado, donde seguían llegando muchos a escucharlo. Cuando se reunió el Concilio de Constanza, en 1415, para solucionar el problema de tres papas simultáneos que se combatían y excomulgaban mutuamente, Huss fue citado a comparecer y fue con un salvoconducto del emperador. El Concilio lo condenó a morir quemado y le dio al emperador que no se podía respetar la palabra dada a un hereje. Murió heroicamente, cantando: “Jesús, Hijo del Dios viviente, ten misericordia de mí”.

Su amigo y colaborador, Jerónimo de Praga, también fue quemado vivo.

Los habitantes de Bohemia no toleraron la afrenta que se les había hecho al matar traidoramente a sus dirigentes y se levantaron en armas contra los opresores. Sostuvieron una lucha heroica y desigual y al fin fueron vencidos y sometidos a un espantoso genocidio. Sin embargo, subsistieron y son conocidos hasta hoy como los “hermanos moravos” o, simplemente, como “los moravos”, notables por su espíritu misionero.

Otro precursor de la Reforma fue Jerónimo de Savonarola, de fines del siglo XV, de Florencia, Italia. Pero aunque su influencia fue grande, no la tuvo mayormente en la Reforma, porque permaneció adherido a las doctrinas y prácticas falsas de la Iglesia de Roma.

Los fundamentalistas bíblicos nos mantenemos firmes, sosteniendo las mismas doctrinas bíblicas de la Reforma. “Por tanto, teniendo un gran pontífice, que penetró los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión”. (Hebreos 4: 14).